

Hace tres años me dirigía al Este, y como un día extra en Londres tenía cierta importancia, tomé el tren correo del viernes por la noche a Brindisi en lugar del habitual expreso de Marsella del jueves por la mañana. Muchas personas se asustan ante el largo viaje en tren de cuarenta y ocho horas a través de Europa, y la subsiguiente carrera por el Mediterráneo en el Isis u Osiris de diecinueve nudos; pero en realidad hay muy pocas molestias tanto en el tren como en el barco. Y, a menos que no tenga nada que hacer, siempre me gusta ahorrar el día y medio extra en Londres.

Esta vez (recuerdo que era temprano en la temporada de envíos, probablemente a principios de septiembre), había pocos pasajeros y yo tenía un compartimento para mí solo todo el camino desde Calais. Durante todo el domingo observé las olas azules que formaban hoyuelos en el Adriático y el romero pálido a lo largo de los esquejes; las sencillas ciudades blancas, con sus tejados planos y sus atrevidos duomos, y los nudosos olivares gris verdosos de Apulia. El viaje fue como cualquier otro. Comíamos en el vagón comedor tan a menudo y tanto como podíamos. Dormíamos después del almuerzo; pasábamos la tarde con novelas de lomo amarillo; a veces intercambiábamos tópicos en el salón de fumadores, y fue allí donde conocí a Alastair Colvin.

Colvin era un hombre de mediana estatura, de mandíbula resuelta y bien formada; su cabello se estaba volviendo gris; su bigote estaba blanqueado por el sol, por lo demás estaba bien afeitado, obviamente un caballero, y obviamente también un hombre preocupado, aunque no tenía gran ingenio. Hacía las observaciones habituales de la manera correcta, y me atrevo a decir que se abstuvo de las banalidades solo porque habló menos que el resto de nosotros; la mayor parte del tiempo se sumergió en el horario de la Wagon-lit Company, pero parecía incapaz de concentrar su atención en una sola página. Descubrió que yo había estado en el ferrocarril siberiano, y durante un cuarto de hora lo discutió conmigo. Luego perdió el interés y se levantó para ir a su compartimento. Pero volvió muy pronto y pareció alegrarse de retomar la conversación.

Por supuesto, esto no me pareció tener ninguna importancia. La mayoría de los viajeros en tren se vuelven un poco débiles de propósito después de treinta y seis horas de traqueteo. Pero noté el modo inquieto de Colvin en un marcado contraste con la importancia y dignidad personal del hombre; especialmente mal adaptado a su gran mano finamente hecha, con uñas fuertes, anchas y regulares y sus pocas líneas. Mientras miraba su mano noté una larga, profunda y reciente cicatriz de forma irregular. Sin embargo, es absurdo pretender que pensé que algo era inusual.

A las cinco de la tarde del domingo decidí dormir la hora o dos que aún faltaban para llegar a Brindisi.

Una vez allí, los pocos pasajeros transbordamos nuestro equipaje de mano, verificamos nuestras literas —éramos solo una veintena en total— y luego, después de un paseo sin rumbo de media hora en Brindisi, volvimos a cenar en el Hotel International. Si no recuerdo mal, hay un salón pintado de colores alegres en el International (no deseo hacer publicidad), pero no hay otro lugar en Brindisi donde esperar la llegada del correo, y después de la cena estaba mirando con asombro un enrejado cubierto de enredaderas azules, cuando Colvin cruzó la habitación hacia mi mesa. Tomó *Il Secolo*, pero casi de inmediato dejó de fingir leerlo. Se volvió directamente hacia mí y dijo:

—¿Me harías un favor?

Uno no hace favores a los conocidos extraviados en los expresos de Continental sin saber algo más de ellos de lo que yo sabía de Colvin. Pero sonreí sin comprometerme y le pregunté qué quería. No me equivoqué en parte de mi estimación; dijo sin rodeos:

—¿Me dejarás dormir en tu camarote del Osiris? —Y se sonrojó un poco al decirlo.

Ahora bien, no hay nada más fastidioso que tener que aguantar a un compañero de cuadra en el mar, y le pregunté con mucha intención:

—¿Seguro que no hay sitio?

Pensé que tal vez se había asociado con algún sarnoso levantino y quería escapar de él a toda costa. Colvin, todavía algo confundido, dijo:

—Sí; estoy solo en un camarote. Pero me harías el mayor favor si me permitieras compartir el tuyo.

Además del hecho de que siempre duermo mejor cuando estoy solo, recientemente se habían producido algunos robos a bordo de transatlánticos ingleses, y vacilé, a pesar de que Colvin parecía franco, honesto y cohibido. Justo en ese momento llegó el tren correo con un traqueteo y una ráfaga de vapor, y le pedí que me viera de nuevo en el barco cuando partiéramos. Me contestó secamente (supongo que vio la desconfianza en mis modales):

—Soy miembro de White's.

Sonreí para mis adentros cuando lo dijo, pero recordé en un momento que el hombre, si realmente era lo que decía ser, y no tengo ninguna duda de que lo era, debe haber estado muy preocupado antes de insistir. el hecho como garantía de su respetabilidad ante un total desconocido en un hotel de Brindisi.

Esa noche, mientras despejábamos las luces rojas y verdes del puerto de Brindisi, Colvin me contó su historia.

Cuando viajaba por la India hace algunos años, conocí a un hombre joven. Acampamos juntos durante una semana y encontré en él un compañero agradable. John Broughton era un alma alegre cuando estaba fuera de servicio, pero un hombre estable y capaz en cualquiera de las pequeñas emergencias que surgen continuamente en ese departamento. Los nativos lo querían y confiaban en él, y aunque estaba un poco demasiado complacido consigo mismo cuando escapó a la civilización en Simla o Calcuta, el futuro de Broughton estaba bien asegurado en el servicio del gobierno, cuando se le dejó inesperadamente una propiedad considerable y se sacudió alegremente el polvo de las llanuras indias de sus pies y regresó a Inglaterra.

Durante cinco años vagó por Londres. Lo vi de vez en cuando. Cenamos juntos aproximadamente cada dieciocho meses, y pude rastrear con bastante exactitud su vida meramente ociosa. Luego emprendió un par de largos viajes, regresó tan inquieto como antes y finalmente me dijo que había decidido casarse y establecerse en su lugar, Burnley Abbey, que había estado vacía durante mucho tiempo. Habló sobre cuidar la propiedad. Supongo que Vivien Wilde, su prometida, había comenzado a tomarlo de la mano. Era una muchacha bonita, con abundante cabello rubio y modales bastante exclusivos; profundamente religiosa y animada. Pensé que Broughton estaba de suerte.

Entre otras cosas, le pregunté por Abadía Burnley. Confesó que apenas conocía el lugar. El último inquilino, un hombre llamado Clarke, había vivido en un ala durante quince años y no había visto a nadie. Había sido un avaro y un ermitaño. Era raro que se viera una luz en la Abadía después del anochecer. Encargaba sus necesidades más básicas y él mismo las recibía en la puerta lateral. Su único sirviente mestizo, después de permanecer un mes en la casa, se había ido abruptamente sin previo aviso y había regresado al Sur.

Una cosa de la que Broughton se quejó amargamente: Clarke había difundido deliberadamente el rumor entre los aldeanos de que la Abadía estaba embrujada, e incluso se había dignado a jugar trucos infantiles con lámparas de alcohol y sal para asustar a los intrusos por la noche. Había sido descubierto en el acto de esta tontería, pero la historia se difundió y nadie, dijo Broughton, se aventuraría cerca de la casa excepto a plena luz del día. Lo embrujado de la Abadía Burnley era, dijo con una sonrisa, parte del evangelio del campo, pero él y su joven esposa iban a cambiar todo eso.

La casa se reparó a fondo, aunque no se quitó ni una astilla de los viejos muebles y

tapices. Se volvieron a colocar los pisos y los techos: se volvió a impermeabilizar el techo y se restregó el polvo de medio siglo. Me mostró algunas fotografías del lugar. Se llamaba Abadía, aunque en realidad sólo había sido la enfermería de la desaparecida Abadía de Closter, a unas cinco millas de distancia. La mayor parte de este edificio permanecía tal como había sido en los días anteriores a la Reforma, pero se había agregado un ala en la época jacobea, y el señor Clarke había mantenido esa parte de la casa en una especie de reparación. Tanto en la planta baja como en el primer piso había colocado una pesada puerta de madera, fuertemente enrejada, en el pasaje entre las partes anterior y jacobea de la casa, y había descuidado por completo la primera. Así que había mucho trabajo por hacer.

Broughton, a quien vi en Londres dos o tres veces en este período, se burló de la negativa de los trabajadores a quedarse después de la puesta del sol. Incluso después de haber instalado la luz eléctrica en todas las habitaciones, nada los induciría a quedarse, aunque, como observó Broughton, la luz eléctrica era la muerte de los fantasmas.

La leyenda de los fantasmas de la Abadía se había extendido por todas partes, y los hombres no se arriesgarían. Iban en grupos de cinco y seis, e incluso durante las horas del día hubo una cantidad excesiva de conversación entre ellos si alguno estaba fuera de la vista de su compañero. En general, aunque nada había sido conjurado ni siquiera por su acalorada imaginación durante los cinco meses de trabajo en la Abadía, la creencia en los fantasmas se fortaleció bastante en Thurnley debido al nerviosismo confesado de los hombres, y la tradición local se pronunció a favor del fantasma de una monja emparedada.

—¡Buena vieja monja! —dijo Broughton.

Le pregunté si, en general, creía en la posibilidad de los fantasmas y, para mi sorpresa, dijo que no podía decir que no creía en ellos por completo. Un hombre en la India le había dicho que creía que su madre había muerto en Inglaterra, ya que su visión había llegado a su tienda la noche anterior. No se alarmó, pero no dijo nada, y la figura volvió a desaparecer. De hecho, el próximo dak-walla trajo un telegrama anunciando la muerte de la madre.

—Allí estaba la cosa —dijo Broughton.

Pero en Thurnley fue bastante práctico. Maldijo rotundamente el idiota egoísmo de Clarke, cuyas payasadas habían causado todos los inconvenientes. Al mismo tiempo, no podía negarse a simpatizar hasta cierto punto con los trabajadores ignorantes.

—Mi propia idea —dijo—, es que si un fantasma alguna vez se interpone en nuestro camino, debemos hablarle.

Estuve de acuerdo. Por muy poco que supiera del mundo de los fantasmas, siempre había recordado que un fantasma estaba obligado por honor a esperar a que le hablaran. Pero hay pocos fantasmas fuera de Europa, es decir, pocos que un hombre blanco pueda ver, y nunca me había preocupado ninguno. Sin embargo, como he dicho, le dije a Broughton que estaba de acuerdo.

Así que se celebró la boda. Asistí con un sombrero alto que compré para la ocasión, y la nueva señora Broughton me sonrió muy amablemente. Como tenía que suceder, tomé el Expreso de Oriente y no volví a Inglaterra durante casi seis meses. Justo antes de regresar recibí una carta de Broughton. Me preguntó si podía verlo en Londres o ir a Thurnley, ya que pensaba que yo podría ayudarlo mejor que cualquier otra persona que él conociera. Su esposa me envió un lindo mensaje al final, así que me tranquilicé.

Escribí desde Budapest que iría a verlo a Thurnley dos días después de mi llegada a Londres, y mientras salía del Pannonia al Kerepesi Utcza para enviar mis cartas, me pregunté qué servicio terrenal podría prestarle a Broughton. Yo había salido con él a pie tras el tigre, y podía imaginarme pocos hombres más capaces de manejar sus propios asuntos en un apuro. Sin embargo, no tenía nada que hacer, así que después de ocuparme de algunas pequeñas acumulaciones de negocios durante mi ausencia, empaqué una maleta y partí hacia Euston.

La gran limusina de Broughton me recibió en la estación de Thurnley Road y, después de un viaje de casi siete millas, recorrimos las soñolientas calles del pueblo de Thurnley, en las que se abrían paso las puertas principales, espléndidas, con pilares, águilas y gatos rampantes encima de ellos. Nunca fui un heraldo, pero sé que los Broughton tienen derecho a tener simpatizantes. ¡Dios sabe por qué!

Desde las puertas, una avenida cuádruple de hayas conducía hacia el interior durante un cuarto de milla. Debajo de ellos, una prolija franja de fina hierba bordeaba el camino. Había muchas huellas de ruedas en el camino, y una cómoda carreta para ponis pasó trotando junto a mí cargada con un párroco rural, su esposa e hija. Evidentemente, se estaba celebrando una fiesta en el jardín de la Abadía. El camino descendía a la derecha al final de la avenida, y pude ver la Abadía al otro lado de un amplio césped salpicado de invitados.

El final del edificio era sencillo. Debía de ser casi despiadadamente austero cuando se construyó, pero el tiempo había desmoronado los bordes y atenuado la piedra a un gris anaranjado y líquen, magnolia, jazmín y hiedra. Más allá estaba la casa jacobea de tres pisos, alta y hermosa. La amable hiedra había pasado por alto el punto de contacto. Había una flèche alta en el centro del edificio, coronando un pequeño campanario. Detrás de la casa se elevaba el verdor montañoso de los castaños españoles hasta la colina.

Broughton me había visto venir desde lejos y se cruzó con sus otros invitados para

darme la bienvenida antes de entregarme al cuidado del mayordomo. Este hombre era de cabello color arena y bastante inclinado a ser hablador. Sin embargo, apenas pudo responder a ninguna pregunta sobre la casa; él, dijo, sólo había estado allí tres semanas. Consciente de lo que Broughton me había dicho, no hice preguntas sobre fantasmas, aunque la habitación a la que me hicieron pasar podría haber justificado cualquier cosa.

Era una habitación baja, muy grande, con vigas de roble que sobresalían del techo blanco. Cada pulgada de las paredes, incluidas las puertas, estaba cubierta con tapices, y un somier italiano de cuatro postes extraordinariamente fino, con cortinas pesadas, se sumaba a la oscuridad y la dignidad del lugar. Todos los muebles eran viejos, bien hechos y oscuros. Debajo de los pies había una alfombra de pelo verde liso, lo único nuevo en la habitación excepto los accesorios de luz eléctrica y las jarras y palanganas. Incluso el espejo del tocador era un viejo veneciano piramidal engastado en un pesado marco repujado de plata deslustrada.

Después de unos minutos de limpieza, bajé las escaleras y salí al césped, donde saludé a mi anfitriona. La gente allí reunida era del tipo rural habitual, todos ansiosos por ser complacidos y llenos de curiosidad por el nuevo amo de la Abadía. Para mi sorpresa y placer, redescubrí a Glenham, a quien había conocido bien en los viejos tiempos en Barotseland: vivía muy cerca, como comentó con una sonrisa. Debería haberlo sabido.

—Pero —agregó—, yo no vivo en un lugar como este.

Pasó la mano por las largas y bajas líneas de la Abadía con evidente admiración y luego, para mi intenso interés, murmuró entre dientes:

—¡Gracias a Dios!

Se dio cuenta de que lo había oído y, volviéndose hacia mí, dijo con decisión:

—Sí, dije «gracias a Dios», y lo dije en serio. No viviría en la Abadía ni por todo el dinero de Broughton —Glenham se encogió de hombros—. Todavía hay algo mal en el lugar. Todo lo que puedo decir es que Broughton es un hombre diferente desde que ha venido aquí. No creo que se quede mucho más tiempo. ¿Te quedarás? Bueno, te enterarás de todo esta noche. Tengo entendido que hay una gran cena.

La conversación se desvió hacia viejas reminiscencias, y poco después Glenham tuvo que irse.

Antes de ir a vestirme esa noche tuve una conversación de veinte minutos con Broughton en su biblioteca. No cabía duda de que el hombre estaba alterado, gravemente alterado. Estaba nervioso e inquieto, y lo encontré mirándome solo cuando mi mirada estaba fuera de él.

Naturalmente le pregunté qué quería de mí. Le dije que haría todo lo que pudiera, pero que no podía concebir qué podría proporcionarle. Dijo con una sonrisa sin brillo que, sin embargo, había algo y que me lo diría a la mañana siguiente. Me di cuenta de que estaba algo avergonzado de sí mismo y tal vez del papel que me estaba pidiendo que hiciera. Sin embargo, deseché el tema de mi mente y subí a vestirme a mi habitación.

Cuando cerré la puerta, una corriente de aire arrancó a la Reina de Saba de la pared y me di cuenta de que los tapices no estaban sujetos a la pared en la parte inferior. Siempre he tenido puntos de vista muy prácticos sobre los fantasmas, y a menudo me ha parecido que el movimiento lento de un tapiz suelto sobre una pared a la luz del fuego representaría el noventa y nueve por ciento de las historias que uno escucha. Ciertamente, la ondulación digna de esta dama con sus asistentes y cazadores, uno de los cuales estaba degollando a un gamo en los mismos escalones en los que esperaba el rey Salomón, un noble flamenco de rostro gris con la orden del Toisón de Oro, dio color a mi hipótesis.

No pasó gran cosa en la cena. La gente era muy parecida a la de la fiesta en el jardín. Una mujer joven a mi lado parecía ansiosa por saber lo que se estaba leyendo en Londres. Como ella estaba mucho más familiarizada que yo con las revistas y suplementos literarios más recientes, encontré la salvación instruyéndome en las tendencias de la ficción moderna. Todo arte verdadero, dijo, estaba impregnado de melancolía. ¡Qué vulgares eran los intentos de ingenio que marcaban tantos libros modernos! Desde el comienzo de la literatura, siempre había sido la tragedia la que encarnaba el mayor logro de cada época. Ningún hombre reflexivo —me miró con severidad a través de la montura de acero de sus gafas— podría dejar de estar de acuerdo conmigo.

Por supuesto, inmediata y correctamente dije que dormía con Pett Ridge y Jacobs debajo de mi almohada, y que si Jorrock no fuera tan grande, lo agregaría a la compañía. Ella no había leído ninguno de ellos, así que me salvé, por un tiempo. Pero recuerdo sombríamente que dijo que el mayor deseo de su vida era encontrarse en una situación de horror espantosa, y recuerdo que trató duramente al héroe de la historia de vampiros de Nat Paynter. Era un alma triste, y no pude evitar pensar que si había muchas como ella en el vecindario, no era de extrañar que el viejo Glenham hubiera estado pensando tonterías sobre la Abadía. Sin embargo, nada podría haber sido menos espeluznante que el brillo de la plata y el cristal, y las luces tenues y el murmullo de las conversaciones alrededor de la mesa.

Después de que las damas se fueron, me encontré hablando con el decano rural. Era un hombre delgado y serio, que de inmediato desvió la conversación. Dijo que el señor Broughton había introducido un espíritu tan nuevo y alegre, no sólo en la Abadía, sino, podría decir, en todo el vecindario, que tenía grandes esperanzas de que las

ignorantes supersticiones del pasado estuvieran destinadas a desaparecer.

Entonces, su otro vecino, un corpulento caballero de medios y posición independientes, dijo audiblemente «Amén», lo que entristeció al decano rural, y hablamos de perdices pasadas, presentes, y faisanes por venir. En el otro extremo de la mesa, Broughton estaba sentado con un par de amigos suyos, unos cazadores con la cara roja. Me di cuenta de que estaban hablando de mí, pero no le presté atención en ese momento. Lo recordé unas horas después.

A las once todos los invitados se habían ido y Broughton, su esposa y yo estábamos solos bajo el fino techo de yeso del salón jacobino. La señora Broughton habló de uno o dos de los vecinos y luego, con una sonrisa, me estrechó la mano y se fue a la cama. No soy muy bueno analizando las cosas, pero sentí que ella habló un poco incómoda y con sospecha de esfuerzo, sonrió de manera bastante convencional y obviamente estaba contenta de irse.

Estas cosas parecen lo suficientemente insignificantes como para repetirlas, pero tuve la vaga sensación de que no todo estaba en orden. Dadas las circunstancias, bastó para que me preguntara cuál diablos sería el servicio que iba a prestar, preguntándome también si todo el asunto no sería una broma desacertada para obligarme a venir de Londres por una mera fiesta.

Broughton evidentemente estaba trabajando para llevar la conversación al tema de la maldición de la Abadía. Tan pronto como vi esto, por supuesto, le pregunté directamente al respecto. Entonces pareció perder el interés por el asunto. No había duda al respecto: Broughton era de alguna manera un hombre diferente y, en mi opinión, no había cambiado para mejor. La señora Broughton no parecía causa suficiente. Estaba claro que él la quería mucho y ella a él. Le recordé que me iba a decir qué podía hacer por él en la mañana, de modo que encendí una vela y subí las escaleras con él. Al final del pasillo que conducía a la vieja casa, sonrió débilmente y dijo:

—Cuidado, si ves un fantasma, háblale; dijiste que lo harías.

Se quedó indeciso un momento y luego se dio la vuelta. En la puerta de su habitación se detuvo una vez más:

—Aquí estoy —gritó—, si deseas algo. Buenas noches.

Y cerró la puerta.

Fui por el pasillo hasta mi habitación, me desnudé, encendí una lámpara al lado de mi cama, leí algunas páginas de El libro de la selva y luego, más que listo para dormir, apagué la luz y me quedé profundamente dormido.

Tres horas después me desperté. Afuera no había ni un soplo de viento. Ni siquiera había un parpadeo de la luz de la chimenea. Mientras yacía allí, una ceniza tintineó levemente al enfriarse, apenas un destello del rojo. Una lechuza chillaba entre los silenciosos castaños españoles en la ladera exterior.

Revisé distraídamente los eventos del día, con la esperanza de volver a dormirme antes de llegar a la cena. Pero al final parecía tan despierto como siempre. Pensé en volver a leer, así que busqué a tientas el extremo del cordón que colgaba de la mesa de noche y encendí la lámpara. El brillo repentino me deslumbró por un momento. Busqué a tientas debajo de la almohada, entonces, acostumbrándome a la luz, bajé la vista hacia los pies de mi cama.

No puedo decirte realmente qué sucedió entonces. Nada de lo que pueda confesarte con las palabras más abyectas podría siquiera describirte levemente lo que sentí. Sé que mi corazón se detuvo en seco y mi garganta se cerró automáticamente. En un movimiento instintivo, me agaché contra la cabecera de la cama, mirando el horror.

El movimiento hizo que mi corazón volviera a latir y el sudor goteaba por cada poro. No soy un hombre particularmente religioso, pero siempre había creído que Dios nunca permitiría que ninguna apariencia sobrenatural se presentara al hombre de tal manera y en tales circunstancias que pudiera causarle daño, ya sea físico o mental. Sólo puedo decirte que en ese momento mi vida y mi razón se tambalearon.

Los otros pasajeros de Osiris se habían ido a la cama. Sólo él y yo permanecemos inclinados sobre la barandilla de estribor, que traqueteaba incómodamente de vez en cuando bajo la feroz vibración del barco sobrecargado. A lo lejos, se veían las luces de unos cuantos botes de pesca que cabalgaban en la noche, y una gran ráfaga de agua blanca caía y se alejaba de nosotros por el otro lado.

Por fin, Colvin prosiguió:

Inclinada a los pies de mi cama, mirándome, había una figura envuelta en un velo podrido y andrajoso. Este sudario dejaba ambos ojos y el lado derecho de la cara al descubierto. Luego seguía la línea del brazo hasta la mano que aferraba una pata de la cama. La cara no era del todo la de una calavera, aunque los ojos y la carne habían desaparecido por completo. Tenía una piel delgada y seca apretada sobre las facciones, y quedaba algo de piel en la mano. Un mechón de cabello cruzaba la frente. Estaba perfectamente quieta.

La miré, y me miró, y mi cerebro se volvió seco y caliente en mi cabeza. Todavía tenía en la mano el interruptor de la lámpara eléctrica y jugaba ociosamente con él; sólo que no me atreví a apagar la luz de nuevo. Cerré los ojos, solo para abrirlos con un terror espantoso en el mismo segundo. La cosa no se había movido.

Mi corazón latía con fuerza, y el sudor me enfrió mientras se evaporaba. Otra ceniza tintineó en la chimenea y un panel crujió en la pared.

Mi razón me falló, durante veinte minutos, o veinte segundos. No podía pensar en nada más que en esta terrible figura, hasta que llegó, a toda velocidad a través de los canales vacíos de mis sentidos, el recuerdo de que Broughton y sus amigos habían discutido furtivamente sobre mí durante la cena. La vaga posibilidad de que fuera un engaño se escabulló con gratitud en mi infeliz mente y, una vez allí, el coraje volvió a correr por mis venas.

Mi primera sensación fue de un agradecimiento ciego. Mi cerebro iba a resistir la prueba. No soy un hombre tímido, pero el mejor de nosotros necesita algún asidero humano para estabilizarlo en momentos extremos, y en esta débil pero creciente esperanza de que, después de todo, podría ser solo un engaño, encontré el punto de apoyo que necesitaba.

Por fin me moví.

No puedo decirte cómo me las arreglé para hacerlo, pero con un salto hacia los pies de la cama me acerqué a la distancia de un brazo y asesté un terrible golpe con el puño a la cosa. Se derrumbó, y mi mano se cortó hasta el hueso. Con una repugnancia enfermiza caí medio desmayado.

Así que había sido un truco sucio después de todo. Sin duda, ya se había jugado antes: sin duda, Broughton y sus amigos habían hecho una apuesta entre ellos sobre lo que haría cuando descubriera la cosa espantosa. De mi estado de terror abyecto me encontré transportado a una ira insensata. Grité maldiciones sobre Broughton.

En vez de trepar por el borde de la cama, salté al sofá. Arranqué el esqueleto con túnica (qué bien se había hecho todo eso, pensé), rompí el cráneo contra el suelo y pisoteé sus huesos secos. Tiré la cabeza debajo de la cama y rompí los frágiles huesos del tronco en pedazos. Rompí los delgados fémures sobre mi rodilla y los lancé en diferentes direcciones. Las tibias las apoyé contra un taburete y las rompí con el talón. Me enfurecí como un berserker contra la cosa repugnante. Le arranqué las costillas de la columna vertebral y arrojé el esternón contra el armario. Mi furia aumentó a medida que avanzaba la destrucción. Rompí el velo frágil y podrido en veinte pedazos, y el polvo lo cubrió todo.

Por fin, estaba hecho. No quedó más que huesos rotos y tiras de pergamino y lana

desmoronada. Luego, tomé un trozo del cráneo (recuerdo que era el hueso de la sien del lado derecho), abrí la puerta y bajé por el pasillo hasta el vestidor de Broughton. Todavía recuerdo cómo mi pijama chorreando sudor se me pegaba mientras caminaba. Le di una patada a la puerta y entré.

Broughton estaba en la cama. Ya había encendido la luz y parecía horrorizado. Por un momento, apenas pudo recomponerse. Entonces hablé. No sé qué le dije. Sólo sé que tenía el corazón rebosante de odio y desprecio, espoleado por la vergüenza de mi propia cobardía. Dejé correr mi lengua.

No respondió nada.

Mi cabello todavía se adhería a mis sienes mojadas, mi mano sangraba profusamente, y debí tener un aspecto extraño. Broughton se acurrucó en la cabecera de la cama, como yo antes. Aun así, no respondió ni se defendió. Parecía preocupado por algo además de mis reproches, y una o dos veces se humedeció los labios con la lengua. Pero no podía decir nada, aunque movía las manos de vez en cuando, como un bebé que no puede hablar.

Por fin se abrió la puerta de la habitación de la señora Broughton y ella entró, pálida y aterrorizada.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? ¡Oh, en el nombre de Dios! ¿Qué pasa? —gritó una y otra vez, y luego se acercó a su marido y se sentó en la cama en camisón.

Los dos me miraron.

Le dije cuál era el problema. No perdoné ni una palabra a su marido. Sin embargo, apenas parecía entender. Les dije que les había echado a perder su cobarde broma. Broughton miró hacia arriba.

—He hecho añicos la cosa repugnante, en cien pedazos —dije. Broughton volvió a humedecerse los labios y movió la boca—. ¡Por Dios! —grité—, agradece que no te muela a golpes. Me ocuparé de que ningún hombre o mujer decente que conozca te vuelva a hablar.

Le arrojé el pedazo del cráneo al lado de su cama:

—¡Aquí hay un recuerdo para ti!

Broughton vio el hueso, y en un momento fue su turno de asustarme. Gritó como una liebre atrapada en una trampa. Gritó y gritó hasta que la señora Broughton, casi tan desconcertada como yo, se aferró a él y lo convenció como a un niño para que se callara. Pero Broughton —y mientras se movía pensé que hacía diez minutos yo estaba

tan asustado como él— la apartó de un empujón, saltó de la cama al suelo y, todavía gritando, llevó la mano al hueso.

Tenía sangre de mi mano.

No me prestó atención en absoluto. En verdad no dije nada. Este fue un nuevo giro en los horrores de la noche. Se levantó del suelo con el hueso en la mano y permaneció en silencio. Parecía estar escuchando.

—Tiempo, tiempo, tal vez —murmuró, y casi en el mismo momento cayó sobre la alfombra, cortándose la cabeza.

El hueso salió volando de su mano y se detuvo cerca de la puerta. Levanté a Broughton, demacrado y con sangre en la cara. Susurró con voz ronca y rápida:

—¡Escucha, escucha!

Escuchamos.

Después de diez segundos de silencio total, me pareció escuchar algo: un sonido apagado, como el de alguien que se movía por el pasillo. Pequeños pasos regulares venían hacia nosotros sobre el duro suelo de roble. Broughton se acercó a su esposa, pálida y muda, sentada en la cama, y apoyó el rostro contra su hombro.

Entonces, lo último que pude ver cuando apagó la luz, fue que cayó hacia adelante con su propia cabeza presionada contra la almohada de la cama.

Me enfrenté a la puerta abierta de la habitación, que se perfilaba con bastante claridad contra el pasillo débilmente iluminado. Extendí una mano y toqué el hombro de la señora Broughton en la oscuridad. Pero en el último momento yo también fracasé. Me arrodillé y puse mi cara en la cama.

Los pasos llegaron a la puerta, y allí se detuvieron.

Un trozo de hueso yacía un metro más allá de la puerta. Hubo un susurro de cosas en movimiento, y la cosa entró en la habitación. La señora Broughton guardó silencio: podía oír la voz de Broughton rezando, amortiguada en la almohada. Entonces los pasos se movieron de nuevo sobre las tablas de roble, y escuché que los sonidos se desvanecían. En un relámpago de remordimiento me acerqué a la puerta y miré hacia afuera. Al final del pasillo me pareció ver algo que se alejaba. Un momento después, el pasillo estaba vacío. Me quedé con la frente contra el marco de la puerta casi físicamente enfermo.

—Puedes encender la luz —dije, y hubo un destello de respuesta.

El hueso no estaba. La señora Broughton se había desmayado. Broughton era casi inútil y me tomó diez minutos traerla en sí. Broughton solo dijo una cosa que vale la pena recordar. La mayor parte del tiempo siguió murmurando oraciones. Pero después me alegré de recordar que había dicho eso. Dijo con voz incolora, mitad pregunta, mitad reproche:

—No le hablaste.

Pasamos el resto de la noche juntos. De hecho, la señora Broughton cayó en una especie de sueño antes del amanecer, pero sufría tan horribilmente que la sacudí para que recuperara la conciencia. Nunca el amanecer tardó tanto en llegar.

Tres o cuatro veces Broughton habló solo. Entonces, la señora Broughton apretaba con más fuerza su brazo, pero no podía decir nada. En cuanto a mí, puedo decir honestamente que empeoré a medida que pasaban las horas y la luz se fortalecía. Las dos reacciones violentas habían derribado mi firmeza y sentí que los cimientos de mi vida se habían construido sobre la arena.

No dije nada, y después de vendarme la mano con una toalla, no me moví. Era mejor así. Ellos me ayudaron y yo los ayudé, y los tres sabíamos que nuestra razón había estado muy cerca de arruinarse esa noche.

Por fin, cuando la luz entró con bastante fuerza y los pájaros afuera parloteaban y cantaban, sentimos que debíamos hacer algo. Sin embargo, nunca nos movimos. Se podría haber pensado que nos disgustaría que los sirvientes nos encontraran tal como estábamos; sin embargo, nada de eso importaba un bledo, y una abrumadora apatía nos atrapó hasta que Chapman, el hombre de Broughton, llamó a la puerta y abrió.

Ninguno de nosotros se movió. Broughton, hablando con dificultad y rigidez, dijo:

—Chapman, puedes volver en cinco minutos.

Chapman era un hombre discreto, pero no nos habría importado si hubiera sido un chismoso.

Nos miramos y dije que tenía que volver. Tenía la intención de esperar afuera hasta que regresara Chapman. Simplemente no me atrevía a volver a entrar sola en mi habitación. Broughton se levantó y dijo que vendría conmigo. La señora Broughton accedió a permanecer en su propia habitación durante cinco minutos si se subían las persianas y se dejaban todas las puertas abiertas.

Así que Broughton y yo, apoyándonos rígidamente uno contra el otro, bajamos a mi habitación. A la luz de la mañana que se filtraba a través de las persianas podíamos

ver nuestro camino. No había nada malo en la habitación, excepto manchas de mi propia sangre en los pies de la cama, en el sofá y en la alfombra.

Colvin había terminado su historia. No había nada que decir. Siete campanas resonaron desde la proa, y el grito de respuesta aulló en la oscuridad. Lo llevé abajo.

—Por supuesto que ahora estoy mucho mejor, pero es muy amable de su parte dejarme dormir en su camarote.